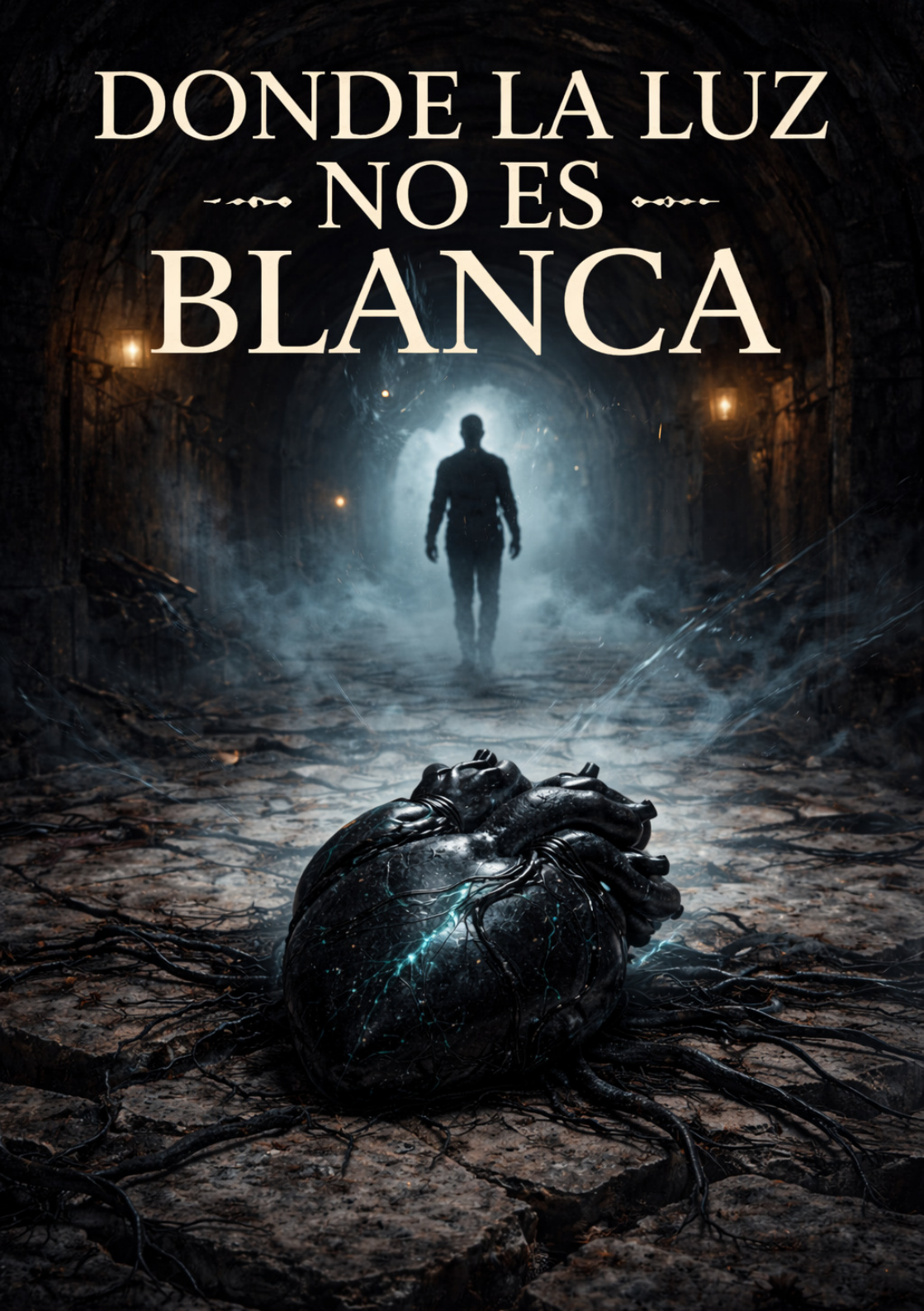


DONDE LA LUZ — NO ES — BLANCA



CAPÍTULO I

La caída

Desperté con la violencia de quien no recuerda haber cerrado los ojos.

El impacto aún vibraba en mis huesos. Un dolor agudo me atravesaba la base del cráneo, como si hubiera caído desde una altura imposible... aunque no podía recordar desde dónde.

Estaba de pie. O casi. Las piernas flexionadas, el cuerpo inclinado hacia adelante, como si la gravedad hubiera cambiado de opinión en el último segundo. Tardé unos instantes en comprender que sostenía algo con fuerza. Un teléfono celular, la linterna estaba encendida, no lo advertí de inmediato. Lo primero que captó mi atención fue una figura tendida a mi lado, inmóvil, Desmayada, o algo peor.

La oscuridad era absoluta, no era la oscuridad habitual de una habitación sin luz, era densa, física, compacta. Tan cerrada que el haz de mi linterna no iluminaba, parecía ser absorbida. Como si la negrura tuviera profundidad. Me senté lentamente para regular la respiración. Entonces noté el brillo en mis manos y apagué la linterna por instinto. La oscuridad total me obligó a concentrarme, no veía ni mi propia nariz, Y en esa nada, algo regresó. No era una secuencia completa. Era una emoción, Estaba sufriendo, Por alguien. No recordaba su rostro, ni su nombre, Solo la certeza punzante de que, para esa persona, yo no tenía valor. Era reemplazable, Descartable. Y junto a ese dolor, una voz. La voz del hombre que ahora yacía a mi lado.

—Tu complejo de héroe es lo que te metió en esto.

La frase resonaba con una claridad incómoda.

Complejo de héroe. ¿Había intentado salvar a alguien? ¿Había provocado esto? El recuerdo terminaba ahí.

No tenía nombre. No tenía pasado. No sabía quién era. Y, lo más inquietante; esa ausencia no me producía pánico inmediato... sino una especie de lógica fría. Como si olvidar fuera parte del procedimiento.

Un estruendo me arrancó del pensamiento, Un sonido metálico, Preciso, Cercano. Reaccioné sin pensar y sujeté el brazo del hombre en el suelo. Él despertó de golpe, sobresaltado, liberándose con un grito breve y contenido. También estaba desorientado. Entonces lo oímos. Una puerta abriéndose, Una línea de luz —luz lunar— cortó la oscuridad. Nuestros ojos, adaptados a la negrura absoluta, quedaron momentáneamente cegados.

Entre destellos blancos distinguí siluetas. Varias. Se movían hacia nosotros con coordinación. Hablaron, El idioma no era español, Tampoco reconocible, Pero, de algún modo, lo entendí, No podían noquearme, Había frustración en sus voces, Confusión. Recibí golpes, muchos, pero ninguno lo suficientemente fuerte como para dejarme inconsciente. Eran intentos técnicos, siempre buscaban darme en la cien, pero solo parecían empujones mas que golpes. Comprendí algo importante: No querían matarnos, Querían trasladarnos. Así que hice lo único racional en una situación irracional. Me dejé caer, Simulé desmayo, Funcionó. Nos levantaron con facilidad. Nos transportaron unos metros y nos arrojaron dentro de algo que asumí, era un vehículo. La estructura vibró cuando cerraron la puerta, Pero no hubo motor, No hubo combustión, No hubo vibración mecánica, Solo movimiento, Silencioso, Imposible.

Antes de que me registraran, logré deslizar el teléfono dentro de mi bota, Un gesto instintivo, Una herramienta siempre es una ventaja,

En la fracción de segundo previa a ocultarlo, miré la pantalla, Sin señal, Ni una barra, Ni siquiera la indicación de búsqueda, Como si el concepto mismo de red no existiera allí.

Algo cubría mi cabeza, una tela gruesa, áspera, con olor a polvo húmedo y hierro. Respirar era incómodo, el aire entraba filtrado y tibio, como si hubiese estado atrapado allí durante horas. Intenté mover los brazos con cautela, estaban sujetos, no con fuerza excesiva, pero lo suficiente para limitarme. El movimiento continuaba, irregular, con pequeños saltos secos que me hicieron pensar en ruedas de madera sobre piedra. Tal vez una carreta. No escuchaba motor alguno, solo el crujido estructural y aquel latido profundo, acompasado, que parecía venir desde el piso mismo. Tensé las muñecas apenas, lo suficiente para medir resistencia, y supe que podría liberarme con un tirón brusco, no parecía un nudo complejo, ni una atadura profesional, sería fácil, demasiado fácil. La idea me pareció torpe. No sabía dónde estaba, no sabía cuántos eran, no sabía si el hombre que había despertado a mi lado estaba consciente o herido. Soltarme sin pensar sería reaccionar, no entender. Y necesitaba entender. También había algo más, una incomodidad ética que no lograba justificar, no quería lastimar a alguien que quizás solo cumplía órdenes, o peor, que tal vez no fuera culpable de nada. No recordaba el contexto, no recordaba el motivo, no recordaba si alguien —tal vez yo mismo— había hecho algo para merecer estar en esta situación. Esa ignorancia me obligaba a ser prudente.

Cerré los ojos, aunque ya estaban cubiertos. Dejé que el recuerdo regresara, no como imagen, sino como conclusión. Yo había salvado a alguien. No era una suposición romántica, no había amor en esa memoria, no sentía esa clase de vacío, ni esa clase de anhelo. Lo que sentía era otra cosa, responsabilidad, impulso, una necesidad casi física de intervenir. Y esa persona, ahora lo entendía, había sido la

misma que me consideraba desechable. Lo acepté con una claridad incómoda. Era una mujer, lo intuía por la textura emocional del recuerdo, por el tono de la herida, por la forma en que mi mente asociaba su ausencia. No la amaba. Pero le tenía cariño. Y más que cariño, una determinación obstinada por salvarla, aun cuando hacerlo me hubiera conducido exactamente hasta donde estoy.

Las voces comenzaron a multiplicarse alrededor, superpuestas, ásperas, demasiado cerca. No entendía las palabras, pero sí el tono: no era curiosidad, era dominio.

A mi lado, el hombre que había despertado conmigo —una presencia firme, conocida de un modo que no sabía explicar— alzó la voz por primera vez, quebrada y urgente:

—¿Quiénes son? ¡¿Quiénes son?!

El grito desesperado me tensó los músculos. Sentí el corazón golpearme el pecho con una violencia desmedida, como si intentara abrirse paso hacia afuera. La impaciencia me recorrió los brazos. Estaba seguro de que soltarse habría sido fácil, un tirón seco, un movimiento preciso. Pero hacerlo sería estúpido.

Manos firmes me empujaron hacia abajo. Mis rodillas chocaron contra un suelo duro e irregular. Nos colocaron uno al lado del otro. El aire se llenó de estruendos metálicos: fricción de hierro, el sonido inequívoco de hojas desenvainándose, el golpe seco de palos o lanzas contra piedra. Alguien me sostuvo con fuerza del hombro, inmovilizándome. Noté que mi compañero respiraba rápido, demasiado rápido, pero no volvió a gritar.

De pronto, la tela fue arrancada de mi cabeza. La luz me hirió sin piedad, natural, cruda, mezclada con el titilar anaranjado de lo que parecían antorchas. Parpadeé, cegado, mientras las siluetas frente a mí comenzaban apenas a tomar forma...

CAPÍTULO II

El que tiembla

Tenía los ojos cerrados cuando volví en mí, pero el mareo era tan intenso que no necesitaba abrirlos para saber que algo había salido mal. No recordaba haberme dormido. No recordaba haber caído. Y, sin embargo, mi cuerpo se sentía como si hubiese golpeado contra algo desde una altura absurda.

No sabía dónde estaba. No sabía con quién estaba.

Un destello momentáneo atravesó la oscuridad. No era constante. Fue apenas un parpadeo, suficiente para dibujar una silueta a mi lado. Alguien estaba ahí. Inmóvil.

Intenté controlar la respiración. La taquicardia me sacudía el pecho con violencia; sentía el corazón golpeando tan fuerte que pensé que iba a romperme por dentro. Me llevé los brazos hacia el torso, como si pudiera contenerlo físicamente.

Necesitaba algo que me calmara.

Y apareció ella.

No su nombre. No su voz. Solo una mejilla, el cabello cayendo sobre ella con suavidad, una sonrisa incompleta. No recordaba nada más, pero esa imagen tenía peso. Me daba paz. Era lo único estable en medio del vacío.

El miedo no desaparecía.

¿Quién era? ¿Dónde estaba yo?

Entonces lo entendí.

Tampoco sabía quién era yo.

La revelación no fue filosófica. Fue brutal. Si no sabía quién era, tampoco sabía qué había hecho para estar ahí. El miedo cambió de forma. Ya no era solo por mí.

Era por ella.

Quería vivir. No por orgullo ni por instinto puro. Quería volver. Saber quién era esa mujer. Volver a esa mejilla. Me aferré al recuerdo con desesperación silenciosa.

Algo sostuvo mi brazo.

El sobresalto me atravesó como una descarga. Solté un grito ahogado y retiré el brazo de golpe, cruzándolo contra el pecho. Me giré hacia el origen del contacto, dispuesto a enfrentar lo que fuera, aunque me muriera de miedo. Y tenía miedo. Mucho.

Un golpe seco resonó a mi espalda. Una puerta.

La oscuridad se abrió con una línea de luz exterior. No era blanca. Era más opaca, casi lunar. Me cegó por un instante.

Y lo vi.

Al hombre que estaba conmigo.

No sabía su nombre. No recordaba su historia. Pero al verlo sentí algo que no esperaba: alivio inmediato. Seguridad. Y, al mismo tiempo, un enojo profundo, visceral.

Ese imbécil...

No sabía por qué me provocaba esa mezcla absurda, pero mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

Varias figuras entraron detrás de la luz. Se movían coordinadas. Lo rodearon y comenzaron a golpearlo. Puñetazos, patadas, dirigidos a la cabeza. Observé con el corazón desbocado.

Pero algo no encajaba.

Los impactos eran ruidosos. Amplios. Técnicamente bien dirigidos. Sin embargo, no lo derribaban como deberían. Él resistía más de lo que era lógico... hasta que cayó de golpe.

Demasiado perfecto.

Lo patearon en el suelo. El sonido era convincente. El gesto también. Pero había algo artificial en la violencia. Los golpes parecían más empujones vistosos que verdaderos intentos de daño.

Como cuando jugaba con mi hermano.

La memoria apareció sin aviso.

Tenía un hermano. Menor.

El pensamiento me sacudió. Si eso era cierto, entonces lo demás también podía serlo. Y si los golpes eran una puesta en escena, entonces había una intención clara.

No querían matarlo.

Querían trasladarnos.

Entendí lo que tenía que hacer.

Aflojé el cuerpo y me dejé caer, imitando la pérdida de conciencia. No fue elegante. Fue instintivo. Funcionó. Nadie intentó comprobarlo con más fuerza.

Algo áspero cubrió mi cabeza. Una tela gruesa, con olor a polvo húmedo y metal. El aire se volvió denso, tibio, difícil de respirar. Intenté no entrar en pánico. No lo logré del todo.

Nos levantaron. No opuse resistencia. Sentí el movimiento de traslado, unos pocos metros, y luego el impacto contra una estructura cerrada. La puerta se cerró con vibración seca.

Esperé el sonido de un motor.

No llegó.

Nos movimos igual.

El desplazamiento era irregular, con pequeños saltos duros, como ruedas sobre piedra. No había combustión. No había zumbido mecánico. Solo movimiento.

Intenté calmarme repitiendo la imagen de la mejilla. El cabello cayendo. La sonrisa incompleta.

En algún momento nos bajaron. Mis pies tocaron suelo firme y frío. Me empujaron hacia adelante y caí de rodillas sobre una superficie irregular. Piedra.

Las voces comenzaron a multiplicarse alrededor. Muchas. Superpuestas. No entendía las palabras, pero sí el tono. No era curiosidad.

Era dominio.

A mi lado, él respiraba con rapidez controlada. Yo no podía controlarlo igual. El miedo me subía por la garganta.

Y entonces grité.

—¿Quiénes son? ¡¿Quiénes son?!

Mi propia voz me sonó extraña. Desesperada. Real.

El corazón me golpeaba el pecho con violencia. Sentía que podía levantarme de un tirón y romper lo que me sujetaba. No sabía de dónde venía esa certeza, pero estaba ahí. Aun así, no me moví.

No entendía nada. Y actuar sin entender podía empeorarlo todo.

Manos firmes me empujaron hacia abajo. Nos colocaron uno al lado del otro. Una presión pesada cayó sobre mi hombro, inmovilizándome.

Entonces escuché el metal.

Fricción de hierro. El sonido claro de hojas desenvainándose. Golpes secos de palos o lanzas contra piedra. Era un sonido organizado. Ritual.

Tragué saliva. Cerré los ojos bajo la tela y busqué otra vez la mejilla. La sonrisa incompleta.

La tela fue arrancada de mi cabeza.

La luz me hirió sin transición. Natural. Cruda. Mezclada con el titilar anaranjado de lo que parecían antorchas.

Parpadeé, cegado, mientras las siluetas frente a mí comenzaban apenas a tomar forma...

CAPÍTULO III

La desesperación del enemigo

Estaba listo para correr.

Tenía el cuerpo inclinado hacia adelante, las rodillas tensas y los músculos contraídos, preparados para impulsarme apenas pudiera distinguir lo que tenía enfrente. El ardor en los ojos comenzó a disminuir lentamente. Primero recuperé las sombras, después las formas, y finalmente los contornos de un lugar que no reconocía. La luz de las antorchas seguía lastimándome la vista, pero ya podía distinguir movimientos a mi alrededor.

No sabía dónde estaba. No sabía quién era. Pero sabía que podía correr. Era una certeza extraña, casi absurda, considerando que ni siquiera recordaba cuándo había aprendido a hacerlo. Sin embargo, algo en mis piernas me aseguraba que podía moverme con rapidez si llegaba a ser necesario.

—No hagas nada... por favor.

La voz llegó desde mi derecha. Era el hombre que había despertado a mi lado, el mismo que había gritado desesperadamente mientras nos trasladaban. Seguía arrodillado, con las manos sujetas y la respiración entrecortada. Tenía la mirada fija en algún punto frente a nosotros, aunque sus ojos todavía parecían esforzarse por acostumbrarse a la claridad del lugar.

Esa voz.

Había algo en ella que me resultaba profundamente familiar.

Volví a escuchar en mi cabeza aquella frase que me había acompañado desde que desperté.

—Tu complejo de héroe es lo que te metió en esto.

La recordaba con absoluta claridad, pero ahora había algo más. El tono de reproche, una especie de cansancio mezclado con preocupación, una manera particular de pronunciar las palabras.

Era él.

No recordaba cuándo nos habíamos conocido ni podía reconstruir una conversación completa, pero de pronto supe que aquel hombre no era un desconocido.

Era mi mejor amigo.

Bee.

El nombre apareció con tanta naturalidad que durante un instante olvidé que todavía desconocía el mío. Lo llamaba Bee, aunque sabía que no era su verdadero nombre. Había empezado como una broma relacionada con su piel morocha, un apodo que probablemente no tendría sentido para nadie más, pero que entre nosotros había terminado convirtiéndose en algo cotidiano.

Quise recordar su verdadero nombre y no pude.

Tampoco recordaba cuánto tiempo llevábamos siendo amigos. Sin embargo, estaba seguro de que podía confiar en él.

Esa certeza me produjo alivio y, casi inmediatamente, una sensación mucho menos agradable.

Culpa.

Si realmente había sido Bee quien me acusó de tener un complejo de héroe, entonces existía la posibilidad de que estuviera involucrado en aquella situación por alguna decisión mía.

¿Lo había metido en problemas?

¿Había intentado ayudar a alguien y terminado perjudicándolo?

No tenía respuestas, pero ahora sabía algo que antes ignoraba: necesitaba sacarlo de allí.

Mi visión terminó de recuperarse y pude observar nuestro entorno con mayor detenimiento.

Estábamos en una sala amplia, excavada en lo que parecía ser el interior de una montaña. Las paredes estaban formadas por bloques enormes de piedra oscura, algunos cuidadosamente acomodados y otros apenas trabajados. Había grietas que recorrían la superficie desde el suelo hasta perderse en las sombras del techo. Por algunas se filtraba aire frío, suficiente para mover las llamas de las antorchas sujetas a soportes metálicos.

El olor era una mezcla desagradable de tierra húmeda, humo y hierro caliente. Cada tanto llegaba una corriente de aire con un aroma distinto, algo parecido al de la madera quemada después de la lluvia.

A nuestro alrededor había aproximadamente una docena de personas. No podía contarlas con precisión porque algunas permanecían detrás de las otras y varias se movían constantemente, pero sí distinguía hombres y mujeres de diferentes edades.

Todos llevaban armas.

Sus vestimentas eran particularmente extrañas. Al principio pensé que utilizaban armaduras viejas, probablemente recuperadas de distintos lugares, aunque cuanto más las observaba, menos convencido estaba de esa interpretación.

Uno de los hombres tenía el pecho protegido por pequeñas láminas de metal superpuestas, cada una de un tamaño diferente. Estaban sujetas a una prenda gruesa mediante costuras hechas con un hilo oscuro, tan grueso que parecía una cuerda fina. Las placas no formaban una superficie uniforme, pero se acomodaban unas sobre otras como escamas. Algunas presentaban golpes y abolladuras antiguas; otras parecían haber sido pulidas recientemente.

Otro llevaba una protección que cubría solamente su hombro derecho y parte del brazo, formada por varias piezas curvas unidas mediante tiras de cuero. En el izquierdo no tenía más que tela enrollada hasta el codo.

Una mujer situada cerca de la entrada llevaba una falda de tiras gruesas sobre los pantalones y un peto construido con pequeñas placas de distintos tonos, desde un gris oscuro hasta un rojizo semejante al cobre. Los bordes de las piezas habían sido doblados hacia adentro, probablemente para evitar que cortaran la tela o la piel. En sus antebrazos llevaba protectores de cuero endurecido, atravesados por remaches irregulares.

No parecían soldados uniformados.

Cada armadura era distinta. Algunas estaban mejor construidas que otras, pero todas parecían responder a una misma necesidad: proteger el cuerpo con aquello que tuvieran disponible.

Había también cascos abiertos, máscaras de tela y protecciones para las piernas sujetas con correas. Varias piezas tenían marcas grabadas a mano, líneas que se cruzaban formando figuras que no lograba interpretar.

Las armas eran igual de variadas. Había lanzas con puntas desiguales, espadas cortas, cuchillos anchos y bastones reforzados con bandas metálicas. Algunas hojas estaban tan mal equilibradas a simple vista que me pregunté cómo podían utilizarlas sin lastimarse.

Sin embargo, la manera en que nos rodeaban demostraba cierta organización.

No estaban improvisando.

Formaban una especie de semicírculo entre nosotros y el fondo de la sala, manteniendo una distancia prudente. Algunos observaban nuestras manos. Otros parecían prestar especial atención a nuestras piernas.

Me pregunté si el comportamiento de aquellos hombres tenía relación con los golpes que había recibido anteriormente.

Entonces vi lo que había detrás de ellos.

Un trono.

Estaba colocado sobre una plataforma baja, formada por tres escalones irregulares de piedra. Su estructura parecía estar construida con metal negro y barro endurecido. No tenía la elegancia de un asiento ceremonial ni la simetría que esperaba encontrar en un objeto semejante. Los apoyabrazos eran gruesos, de diferentes alturas, y el respaldo se elevaba formando una superficie irregular, semejante a una pared parcialmente derretida.

Lo más extraño eran unas estructuras que crecían alrededor.

Parecían enredaderas, pero su superficie recordaba al vidrio.

Algunas eran casi transparentes; otras tenían un tono grisáceo que se oscurecía donde se acumulaba el material. Se entrelazaban alrededor de los apoyabrazos, desaparecían entre las uniones del metal y volvían a surgir por la parte superior del respaldo.

Las llamas de las antorchas se reflejaban en ellas de una manera curiosa, recorriendo sus curvas y dejando pequeños destellos anaranjados.

Una de aquellas enredaderas se movió ligeramente.

Pensé que se debía al aire.

Esperé unos segundos y volví a observarla.

No volvió a moverse.

Finalmente levanté la mirada hacia la persona que ocupaba el trono.

Era un hombre de gran tamaño, con los hombros anchos y un cuerpo que parecía demasiado robusto para aquel asiento. Llevaba una armadura más elaborada que la de los demás, aunque construida con materiales semejantes. Sobre una prenda oscura, reforzada con

varias capas de tela, tenía grandes placas metálicas que protegían el pecho y los hombros. Algunas presentaban grabados de líneas profundas, mientras que otras parecían haber sido añadidas posteriormente.

Pero lo que verdaderamente llamó mi atención fue su casco.

Parecía estar fabricado a partir del cráneo de un animal.

Uno enorme.

La parte frontal conservaba la forma alargada de un hocico, y sobre su cabeza se extendía una estructura ósea que recordaba a la de un perro, aunque las dimensiones eran desproporcionadas. Los dientes, algunos rotos y otros todavía completos, sobresalían por los costados.

No podía determinar a qué animal había pertenecido.

Las cuencas estaban modificadas para permitirle ver, dejando parte de su rostro oculto en la sombra. Desde donde me encontraba alcanzaba a distinguir sus ojos y una porción de su nariz.

Nos observaba en silencio.

Entonces uno de los hombres armados que estaba a mi lado se adelantó hacia Bee.

Llevaba una lanza cuya punta terminaba en una hoja irregular. No parecía estar intentando atravesarlo, pero cuando mi amigo se movió ligeramente, el hombre bajó el arma hasta dejarla demasiado cerca de su cuello.

Bee retrocedió cuanto pudo sin levantarse.

—No te muevas —le dijo una voz desconocida.

Reconocí la intención, aunque aquel idioma seguía resultándome extraño.

Sentí una presión desagradable en el pecho.

Podía quedarme quieto y esperar a que alguien decidiera explicarnos qué estaba sucediendo. Era lo más razonable,

especialmente considerando que todavía ignoraba si éramos culpables de algo.

Pero también podía ver una lanza junto al cuello de mi amigo.

Levanté lentamente la cabeza y busqué nuevamente al hombre del trono.

Todos parecían pendientes de él.

Si realmente era quien daba las órdenes, necesitaba hablar con él antes de que alguno de sus hombres hiciera una estupidez.

Esperar dejó de parecerme una buena idea.

Me incorporé de golpe.

El hombre que tenía detrás intentó sujetarme del hombro, pero su mano apenas alcanzó a rozarme. Me impulsé hacia adelante con las piernas y sentí cómo las fibras que sujetaban mis muñecas se tensaban violentamente.

No tuve tiempo de pensar en las ataduras.

Corrí.

El suelo era de tierra compactada, con pequeñas piedras dispersas y una fina capa de polvo que se levantó bajo mis primeros pasos. Sentí una fuerza inesperada en las piernas, una facilidad para impulsarme que no coincidía con la sensación de agotamiento que había tenido durante el traslado.

Nunca había corrido tan rápido.

No podía calcular mi velocidad, pero la distancia que me separaba de los hombres armados desaparecía con una rapidez desconcertante. El aire me golpeó el rostro y escuché un grito detrás de mí.

El primero que intentó detenerme llevaba una espada corta.

La levantó cuando yo ya estaba demasiado cerca.

No traté de golpearlo. Giré el cuerpo hacia un costado, pasé junto a su brazo extendido y lo empujé con el hombro para apartarlo de mi camino.

El impacto fue mucho más fuerte de lo que esperaba.

El hombre perdió el equilibrio y retrocedió varios pasos antes de chocar contra otro de sus compañeros. Escuché el sonido de las placas de sus armaduras golpeándose entre sí.

No me detuve.

Un segundo guerrero intentó interceptarme con un bastón reforzado en los extremos. Vi el movimiento de sus brazos antes de que descargara el golpe, bajé la cabeza y sentí el desplazamiento del aire sobre mi cabello.

Al pasar junto a él, levanté los antebrazos todavía unidos por la cuerda y desvié su arma hacia un costado.

No sabía de dónde había salido aquella precisión.

Tampoco tenía tiempo para averiguarlo.

Escuché a Bee gritar algo detrás de mí, pero el ruido de las armaduras y los pasos me impidió distinguir sus palabras.

Tenía el trono enfrente.

El hombre que lo ocupaba comenzó a levantarse.

Sus movimientos eran rápidos para alguien de semejante tamaño. Apoyó una mano sobre uno de los brazos del asiento y adelantó una pierna, dispuesto a bajar de la plataforma.

Estaba a pocos pasos de él cuando ocurrió.

Un recuerdo me atravesó con tanta violencia que sentí que el suelo desaparecía debajo de mis pies.

Césped.

Una extensión enorme de césped verde, húmedo y recientemente cortado.

El aire era diferente. Había un olor penetrante a tierra mojada y sudor. Sentía los pies encerrados dentro de un calzado ajustado, con pequeños tapones debajo de las suelas.

Estaba corriendo.

Frente a mí había un muchacho más grande, probablemente algunos años mayor, con un cuerpo robusto y una expresión concentrada.

No tenía casco. No tenía barba.

Su cabello era rubio y rizado.

Nos encontramos de frente.

Bajé el centro de gravedad, apoyé firmemente una pierna y lo golpeé con el hombro, rodeándolo con los brazos mientras empujaba con todo mi peso.

Sentí el impacto de nuestros cuerpos.

Caímos sobre el césped.

Alguien comenzó a reírse.

—¡El nuevo te tiró!

Otra voz se sumó desde algún lugar detrás de mí.

—¡Muy bien, Zala!

Zala.

El nombre resonó en mi cabeza.

Recordé levantarme del suelo, sacudirme un poco la tierra de los pantalones y extenderle la mano al muchacho que había derribado.

Él me miró desde abajo.

Tenía los ojos celestes, una nariz ancha y una expresión que no supe interpretar inmediatamente.

Durante un instante pensé que estaba enojado.

Entonces sonrió.

Aceptó mi mano y lo ayudé a levantarse.

El recuerdo terminó tan bruscamente como había comenzado.

Volví a sentir el polvo debajo de mis pies.

Estaba frente al trono.

Y el hombre que tenía delante...

Era el mismo.

Más corpulento, con una barba tupida y descuidada, pero reconocí la forma de su rostro. Sus ojos celestes me observaban desde las aberturas del casco de hueso.

La misma nariz ancha.

La misma mirada.

Mi sorpresa duró apenas un instante.

Fue suficiente.

El hombre descendió el último escalón con una velocidad inesperada y lanzó el brazo hacia mí.

Intenté levantar las manos para protegerme, pero las ataduras limitaron el movimiento. Alcancé a girar ligeramente el rostro antes de que su antebrazo me golpeará.

El impacto me sacudió la mandíbula.

Sentí los dientes chocar entre sí y una presión brutal en la cabeza. Al mismo tiempo, el cuerpo del hombre avanzó contra el mío, completando el golpe con una fuerza que jamás habría esperado.

Mis pies abandonaron el suelo.

Durante una fracción de segundo vi pasar las antorchas frente a mis ojos y pensé que iba a romperme el cuello al caer.

Después golpeé contra la tierra.

El impacto me arrancó el aire de los pulmones.

Rodé varias veces hasta detenerme sobre un costado, levantando polvo y pequeñas piedras. Sentía una presión incómoda en el pecho y un dolor punzante en la mandíbula.

Quise respirar.

No pude.

Abrí la boca e intenté llenar los pulmones, pero el aire parecía haberse quedado atrapado en algún lugar de mi garganta.

Me llevé las manos al pecho.

Entonces conseguí inhalar.

Fue doloroso, aunque el alivio que sentí resultó inmediato.

No entendía cómo seguía consciente.

Me había golpeado con una fuerza absurda. Lo suficiente para arrojarme varios metros, y sin embargo no sentía ningún hueso roto.

Me dolía la cara.

Muchísimo.

Pero podía moverme.

Escuché pasos apresurados.

—¡Pará! ¡No le pegues más!

Era Bee.

Se arrodilló junto a mí, ignorando a los hombres armados que se acercaban. Lo vi mirar primero mi rostro y después al hombre que permanecía frente al trono.

Tenía miedo.

Lo veía en sus ojos, en la tensión de la boca y en la rapidez con que respiraba. Sin embargo, no se apartó.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Intenté responderle, pero primero tuve que volver a respirar con normalidad.

—Creo que sí.

Bee miró por encima del hombro.

—Ese tipo te hizo volar.

—Lo noté.

No pareció encontrarle ninguna gracia al comentario.

Me extendió la mano para ayudarme a levantarme. La acepté y, mientras me incorporaba, su nombre volvió a resonar en mi cabeza.

Bee.

La sensación de reconocerlo era tan agradable que por un instante olvidé el dolor.

—Gracias, Bee.

Mi amigo se quedó mirándome.

—¿Bee?

—Sí.

—¿Ese es mi nombre?

Sonreí ligeramente.

—No. Pero así te digo yo.

Vi cómo su expresión cambiaba. Parecía esforzarse por encontrar algo detrás de aquellas palabras.

—¿Te acordás el mío? —le pregunté.

Bee negó despacio.

Antes de que pudiera responder otra cosa, una voz grave llegó desde el otro extremo de la sala.

—Te decíamos Zala.

Giré la cabeza.

El hombre del trono nos observaba.

—Por lo menos eso recuerdo —agregó—. No sé mucho más.

Zala.

Escuchar aquel nombre pronunciado por otra persona resultó extraño. Era el mismo que había oído en el campo de juego, pero ahora parecía pertenecerme de una manera distinta.

Me quedé unos segundos en silencio.

El hombre dio un paso hacia nosotros.

Instintivamente tensé los brazos.

Las cuerdas que rodeaban mis muñecas estaban dañadas desde que había intentado correr. Tiré de ellas con fuerza y sentí cómo las fibras se rompían. Una parte cayó al suelo, mientras que otra quedó colgando de mi mano izquierda.

No había sido difícil.

Eso también me preocupó.

Hasta hacía unos minutos había creído que las ataduras eran débiles. Ahora empezaba a considerar otra posibilidad.

Tal vez no eran las cuerdas.

Levanté la mirada.

Tres hombres armados se acercaron inmediatamente. Uno llevaba una espada corta, otro una lanza y el tercero sostenía un bastón con varias puntas metálicas cerca de uno de sus extremos.

Bee dio un paso hacia atrás.

Me adelanté para quedar entre él y las armas.

—No queremos pelear —dije.

Uno de los guerreros respondió algo que no alcancé a comprender completamente. Su voz sonaba nerviosa.

El hombre de la espada se acercó un poco más.

Extendió la hoja hacia mi pecho.

Podía ver pequeñas marcas de golpes sobre el metal, irregularidades en el filo y manchas oscuras acumuladas cerca de la empuñadura.

No parecía estar dispuesto a esperar.

—Baja eso —le dije.

No sé si comprendió mis palabras.

Su siguiente movimiento fue levantar el arma.

Reaccioné antes de que terminara de hacerlo.

Me aparté hacia su costado, sujeté su muñeca con ambas manos y desvié el movimiento hacia abajo. Sentí una resistencia breve, seguida de un tirón inesperadamente fácil.

El hombre perdió el equilibrio.

No quise golpearlo. Utilicé su propio impulso para obligarlo a girar y solté su brazo antes de que cayera.

La espada golpeó contra el suelo.

El segundo guerrero avanzó inmediatamente.

La punta de su lanza buscó mi abdomen.

Retrocedí un paso y sujeté el asta con la mano izquierda, empujándola hacia afuera. El hombre intentó recuperarla, pero la diferencia de fuerza parecía mucho mayor de lo que esperaba. Durante un instante tuve la impresión de que podría arrancársela de las manos sin dificultad.

No lo hice.

Recordé la duda que había tenido durante el traslado.

Seguía sin saber si aquellas personas eran realmente nuestros enemigos.

Y estaba a punto de lastimar a alguien sin comprender por qué nos habían capturado.

—¡Basta!

La orden resonó por toda la sala.

No había salido de Bee.

El hombre del trono había levantado una mano.

Los guerreros se detuvieron inmediatamente.

El que sostenía la lanza retrocedió mientras yo soltaba el asta. El de la espada se incorporó con dificultad, claramente avergonzado, y recuperó su arma del suelo.

El tercero ni siquiera llegó a acercarse.

—Aléjense de ellos —ordenó el hombre.

Nadie se movió durante un instante.

Su voz se volvió más grave.

—Les estoy diciendo que se alejen.

Esta vez obedecieron.

El hombre comenzó a caminar hacia nosotros.

Cada paso producía un sonido pesado. Las placas de su armadura rozaban unas contra otras, acompañadas por el crujido del cuero que las sujetaba.

Bee estaba detrás de mí.

Podía sentir su respiración.

Yo seguía preparado para defendernos.

El hombre se detuvo a unos pocos pasos.

—No van a poder con ellos —les dijo a sus guerreros—. Vienen del mismo lugar que yo. Mantengan distancia.

Después levantó ambas manos lentamente, mostrándonos que no sostenía ningún arma.

El gesto tenía algo exagerado, casi teatral.

Parecía estar interpretando a un rey en una serie de bajo presupuesto.

Pero no tenía demasiadas ganas de reírme.

Su fuerza era real.

Y también lo era mi recuerdo.

Mientras lo observaba, algo más comenzó a regresar.

No era el campo de juego.

Era una calle.

Había gente reunida afuera de un bar, conversaciones superpuestas y risas que se mezclaban con el ruido de vasos golpeándose contra una mesa.

Recordé el olor de una bebida alcohólica.

Y a él.

Camu.

Ese era su nombre.

Estaba parado frente a un desconocido. Su expresión era completamente distinta de la que había tenido durante el entrenamiento. Sonreía, aunque no parecía haber nada gracioso en la situación.

El desconocido intentaba alejarse.

Camu avanzaba detrás.

Alguien le pedía que se calmara.

Entonces comenzó una pelea.

No recordaba quién había golpeado primero, ni cómo había terminado, pero sí conservaba una sensación desagradable.

Camu no parecía estar defendiéndose.

Parecía divertirse.

La escena se desvaneció.

Me quedé observándolo con una inquietud creciente.

Recordaba que éramos compañeros de rugby. Que entrenábamos juntos y que existía entre nosotros una camaradería muy particular, una relación de confianza construida entre golpes, cansancio, bromas y partidos.

Había algo parecido a la hermandad en aquella relación.

Pero también recordaba que yo no solía salir demasiado con el grupo.

Prefería otros ambientes. O tal vez simplemente no disfrutaba de las mismas cosas.

Las pocas veces que había compartido alguna salida con ellos, Camu había demostrado una facilidad preocupante para involucrarse en peleas después de beber.

No necesitaba que alguien lo atacara.

A veces parecía buscar una excusa.

Y aunque podía reírse de sus ocurrencias durante los entrenamientos, aquello no me causaba ninguna gracia. Tampoco recordaba que el resto de nuestros compañeros lo considerara una conducta aceptable.

La sensación que me dejó aquel recuerdo fue incómoda.

Le tenía cariño.

Eso era indiscutible.

Pero no terminaba de confiar en él.

Y ahora estaba frente a un hombre mucho más corpulento que el de mis recuerdos, rodeado de personas armadas que obedecían sus órdenes.

Camu pareció advertir mi expresión.

—No voy a golpearte otra vez si dejás de correr hacia mí como un animal —dijo.

—Vos me acabás de mandar a volar.

—Y vos atravesaste a mis hombres como si quisieras arrancarme la cabeza.

Miré a los guerreros.

Dos de ellos seguían observándonos con una mezcla de enojo y temor.

—Quería hablar con el que estaba dando las órdenes.

Camu soltó una breve carcajada.

—Tenés una forma bastante particular de pedir una conversación.

No pude evitar reconocer algo familiar en su manera de responder.

Aquella ironía, esa facilidad para burlarse incluso en una situación tensa, parecía pertenecer al mismo muchacho que había conocido en el campo de rugby.

Sin embargo, su rostro me resultaba extraño.

Parecía haber atravesado experiencias que todavía desconocía.

—Sacate el casco —le pedí.

Camu me observó durante unos segundos.

Después llevó ambas manos hacia los costados de aquella estructura de hueso y comenzó a levantarla.

La pieza era más grande de lo que había imaginado. Al retirarla pude distinguir varias correas de cuero y pequeños soportes metálicos que mantenían el cráneo sujeto alrededor de su cabeza.

Cuando finalmente quedó descubierto, pude verlo con claridad.

Era rubio.

Tenía el cabello rizado, apenas largo, con mechones que le caían sobre la frente y otros que sobresalían de manera desordenada hacia los costados. El pelo estaba sucio de polvo y tenía un aspecto descuidado, como si llevara demasiado tiempo sin encontrar una manera apropiada de cortárselo.

Su barba era tupida.

Le cubría buena parte de las mejillas y el mentón, pero estaba recortada de una forma extrañamente irregular. Había sectores demasiado cortos junto a otros donde los pelos crecían libremente. Algunas zonas terminaban en cortes casi rectos, mientras que otras tenían mechones sobresalientes.

Me pregunté qué clase de herramienta había utilizado.

Parecía haberse arreglado la barba a golpes de hacha.

Su nariz era ancha, igual que en mi recuerdo.

Y sus ojos...

Celestes.

No tenía ninguna duda de haber visto aquellos ojos antes.

También había pequeñas cicatrices sobre su rostro. Una cruzaba parte de la mejilla y otra parecía perderse entre los pelos de su barba.

No sabía si eran recientes.

Camu dejó el casco sobre uno de los escalones.

—¿Ahora sí me reconocés?

Lo miré durante unos segundos.

—Jugábamos al rugby.

Su expresión cambió.

No fue una sonrisa inmediata. Primero pareció sorprendido, como si hubiera escuchado algo que llevaba mucho tiempo intentando recordar.

—¿Rugby? —repitió.

—Sí. En una cancha. Con otros muchachos.

Camu permaneció en silencio.

—Te tiré al suelo una vez —continué—. Alguien se rio porque eras más grande que yo.

Vi cómo sus ojos se entrecerraban ligeramente.

—El nuevo...

La frase salió casi en un susurro.

Asentí.

—Alguien dijo que el nuevo te había tirado.

Camu soltó una risa breve.

—Qué hijo de puta.

La familiaridad de la expresión me provocó una sonrisa involuntaria.

Durante un instante sentí que estaba conversando con alguien conocido.

Después recordé el golpe que acababa de recibir.

Y la calle.

Y aquella pelea.

Mi sonrisa desapareció.

—Necesito que me expliques algo —dije.

Camu dejó de reírse.

—Te escucho.

—No sé dónde estamos. No recuerdo cómo llegué acá ni por qué nos agarraron. Nos golpearon, nos taparon la cabeza y nos trajeron atados. Si no somos prisioneros, quiero que nos dejes ir.

Bee se acercó ligeramente a mi costado.

—Y queremos saber quiénes son todos ustedes —agregó.

Su voz seguía mostrando nerviosismo, pero consiguió hablar con claridad.

Camu lo miró.

Después observó nuestras manos, los restos de cuerda y las armas de los hombres que permanecían a cierta distancia.

Pareció meditar su respuesta.

—Primero necesito que entiendan algo —dijo finalmente—. Yo tampoco sé cómo llegaron ustedes.

La frase me incomodó.

—¿Entonces por qué nos trajeron?

Camu giró ligeramente hacia los guerreros.

—Porque ellos creen haber visto una señal.

—¿Una señal de qué?

—De su dios.

Bee dejó escapar una respiración nerviosa.

—¿De su dios?

—Sí.

Camu parecía comprender lo extraño que resultaba escucharlo.

—Ellos son los kahestos. Viven en lo alto de la montaña Kahesta, y tienen sus propias creencias. Vieron algo que interpretaron como una señal y salieron a buscarlos.

Miré nuevamente a los hombres armados.

Ninguno parecía particularmente interesado en explicarnos nada.

—¿Y vos les ordenaste que nos secuestraran?

Camu tardó un instante en responder.

—Yo no sabía que iban a traerlos de esta manera.

No tenía forma de comprobarlo.

Y la facilidad con la que aquella gente obedecía sus órdenes no contribuía demasiado a tranquilizarme.

—Entonces, ¿qué hacés sentado en ese trono?

Camu miró el asiento a sus espaldas.

Después volvió a mirarme.

—Esa es una conversación bastante más larga.

La respuesta no me gustó.

—Tenemos tiempo.

—Tal vez. Pero prefiero que hablemos en otro lugar.

Bee me miró con preocupación.

Yo tampoco estaba convencido de que fuera una buena idea acompañarlo.

Camu pareció comprenderlo.

—Escuchame, Zala. Sé que no tenés razones para confiar en mí. Y por lo que acabamos de recordar, tampoco sé cuánto confiabas antes. Pero si quisiera hacerles daño, no estaría intentando hablar con ustedes.

Observé su rostro.

Era un argumento razonable, aunque insuficiente.

—Ya me golpeaste.

—Porque corriste hacia mí después de tirar a dos tipos por el camino.

—No los golpeé.

—Bueno, ellos probablemente tengan una opinión diferente.

Miré hacia uno de los guerreros que había caído.

Se estaba acomodando las placas del hombro mientras otro revisaba una correa rota.

Bee se acercó a mi oído.

—Creo que sería mejor escucharlo.

Giré ligeramente hacia él.

Tenía la frente húmeda de transpiración y seguía apretando las manos con nerviosismo.

Pero su expresión había cambiado.

Ya no parecía estar a punto de entrar en pánico. Seguía asustado, aunque ahora intentaba participar de lo que estaba sucediendo.

—No tenemos idea de dónde estamos —agregó en voz baja—. Y por lo menos este tipo parece conocerte.

Tenía razón.

Era una oportunidad de conseguir respuestas.

No necesariamente una oportunidad segura.

—Está bien —le dije a Camu—. Pero no quiero que vuelvan a tocarlo.

Señalé a Bee.

Camu miró a mi amigo y después a los guerreros.

Pronunció unas palabras en aquel idioma extraño.

Los hombres retrocedieron un poco más.

—Nadie va a tocarlos mientras estén conmigo —respondió.

No estaba seguro de creerle.

Pero decidí seguirlo.

Camu recogió su casco, lo dejó sobre el trono y caminó hacia una abertura lateral de la sala.

Bee y yo fuimos detrás.

Ninguno de los guerreros nos acompañó.

Ese detalle me resultó particularmente extraño. Si realmente nos consideraban peligrosos, no comprendía por qué nos permitían caminar libremente por aquel lugar.

Atravesamos un pasillo estrecho, iluminado por antorchas colocadas a distintas alturas.

La temperatura descendió a medida que nos alejábamos de la sala principal. El aire era más húmedo y la piedra de las paredes parecía conservar un frío permanente.

El corredor tenía un suelo irregular, con pequeñas elevaciones y sectores gastados por el tránsito. En algunos puntos había escalones contruidos con bloques de distinta altura, como si el lugar hubiera sido ampliado varias veces sin seguir un diseño demasiado preciso.

Las antorchas estaban sujetas a estructuras metálicas clavadas en las paredes. Algunas tenían recipientes abiertos donde ardía un combustible espeso. La llama desprendía un olor penetrante y producía un humo oscuro que ascendía lentamente hasta acumularse cerca del techo.

Pero lo que más llamó mi atención fue que aquellas extrañas enredaderas del trono también aparecían allí.

Recorrían ciertos sectores de las paredes como raíces transparentes, hundiéndose en pequeñas aberturas de la piedra y reapareciendo varios centímetros más adelante.

En algunos tramos eran delgadas como alambres. En otros alcanzaban el grosor de mi muñeca.

No parecían estar colocadas de manera decorativa.

Observé una particularmente grande que surgía del suelo y se introducía en una abertura cerca del techo.

Su superficie era lisa, pero tenía pequeñas irregularidades internas, filamentos que parecían entrelazarse dentro del material.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Camu siguió caminando.

—¿Qué cosa?

—Eso que parece vidrio.

Miró hacia la pared.

—Después te explico.

No me gustó la respuesta.

—Me venís diciendo que después vas a explicarme todo.

—Y vos me venís preguntando cosas desde que intentaste arrancarme la cabeza.

Bee soltó una risa nerviosa.

Yo no.

Camu volvió la mirada hacia adelante.

—Hay cosas que todavía estoy tratando de entender, Zala. Prefiero mostrarte algo primero.

Continuamos caminando.

A medida que avanzábamos fui notando otros detalles. Algunas paredes tenían marcas de herramientas, líneas paralelas que se repetían en grupos y que parecían producidas por algún instrumento de corte. En el techo había pequeñas estructuras metálicas que sostenían otras de aquellas enredaderas transparentes.

En una ocasión escuché un ruido grave detrás de la piedra.

Parecía el movimiento de algo pesado.

Me detuve para prestar atención.

El sonido se repitió, acompañado de una vibración apenas perceptible bajo mis pies.

Recordé el vehículo en el que nos habían trasladado.

Aquel movimiento sin motor.

Y el latido que había creído escuchar debajo del suelo.

No sabía si ambos fenómenos estaban relacionados, pero decidí prestar atención.

Camu se detuvo frente a una puerta.

Era completamente distinta de las que habíamos visto hasta ese momento.

Estaba construida con un material que parecía madera, aunque su superficie era mucho más lisa de lo esperable. Tenía un color oscuro, con líneas naturales que recorrían el material formando curvas suaves. Al tocarla, Camu apoyó la mano sobre una zona cercana al marco.

La puerta se abrió con un movimiento pesado y silencioso.

No pude distinguir cómo había accionado el mecanismo.

Entramos.

Era una habitación relativamente pequeña, pero bastante más ordenada que el resto del lugar.

Había una mesa construida con tablones gruesos, varios recipientes de barro y una estructura de piedra que parecía cumplir la función de un estante. Sobre una de las paredes colgaban herramientas de diferentes tamaños. Algunas eran reconocibles; otras tenían formas que no conseguía relacionar con ningún uso específico.

En una esquina había una especie de cama cubierta con telas gruesas.

El ambiente olía a madera, cuero y algo parecido a hierbas secas.

Sobre la mesa había un bolso.

Un bolso común.

O al menos eso me pareció cuando lo vi.

Su material, sus costuras y la forma de las correas eran completamente diferentes a cualquier otra cosa que hubiera observado desde que desperté.

Camu se acercó y lo abrió.

Sacó tres objetos y los colocó cuidadosamente sobre la mesa.

Un par de botines.

Unos auriculares.

Y una botella vacía.

Me quedé mirándolos.

Los reconocí inmediatamente.

No necesitaba recuperar ningún recuerdo especial para comprender que aquellos objetos me resultaban familiares.

Era una sensación desconcertante.

Había olvidado mi nombre, buena parte de mi pasado y casi todas las personas que había conocido, pero seguía sabiendo para qué servían unos auriculares.

Me acerqué a la mesa.

Tomé uno de los botines.

El material era flexible, aunque la suela estaba endurecida. En la parte inferior tenía varios tapones destinados a mejorar el agarre sobre superficies blandas.

El diseño me resultaba familiar.

Entonces recordé el campo de juego.

El césped.

Aquel choque contra Camu.

—Estos son botines de rugby —dije.

Camu se acercó.

—¿Rugby?

—El deporte que jugábamos.

Observó el calzado con atención.

—¿Y para qué sirven?

Le mostré la suela.

—Los tapones ayudan a agarrarse al suelo. Cuando corrés sobre césped, especialmente si está mojado, necesitás evitar resbalarte. También sirven para frenar, cambiar de dirección y empujar con más estabilidad.

Camu tomó el otro botín.

Lo giró entre sus manos, examinando la forma de la suela.

—¿Y nosotros usábamos esto?

—Sí. Por lo menos recuerdo que los usábamos.

La respuesta pareció interesarle.

—¿Recordás algo más?

Pensé unos segundos.

Volvió la imagen del entrenamiento.

La fuerza del choque.

El muchacho rubio cayendo sobre el césped.

—Recuerdo haberte tirado al suelo.

Camu sonrió.

—Eso ya me lo contaste.

—Y recuerdo que éramos compañeros.

Su sonrisa se volvió menos pronunciada.

—¿Amigos?

La pregunta me sorprendió.

Lo miré.

No sabía cómo responder con exactitud.

Sentía que existía una relación de camaradería entre nosotros, algo que iba más allá de compartir un deporte. Pero el recuerdo de aquella pelea afuera del bar seguía presente.

—Nos llevábamos bien —respondí finalmente.

Camu me observó unos segundos.

No pareció completamente satisfecho con la respuesta.

Pero tampoco insistió.

Dejé el botín sobre la mesa y tomé los auriculares.

Los reconocí como un objeto destinado a reproducir sonidos directamente sobre los oídos. Recordaba que se utilizaban para escuchar música, conversaciones o cualquier audio procedente de otro aparato.

Le expliqué lo que sabía.

Camu escuchaba atentamente.

No interrumpía demasiado. A veces hacía preguntas muy concretas, relacionadas con las partes del objeto o con el modo en que debía utilizarse.

Después tomé la botella.

Era una botella común, de las que podían utilizarse para transportar agua.

Me resultó casi ridículo estar explicando objetos tan cotidianos.

Sin embargo, Camu los observaba como si aquellas pequeñas cosas fueran importantes.

—¿Por qué los guardaste? —le pregunté.

Camu tardó unos segundos en responder.

—Porque sabía que significaban algo. Aunque no pudiera recordar exactamente qué.

Su respuesta me produjo una sensación extraña.

Comprendí que podía estar enfrentándose a una situación muy semejante a la nuestra.

No recordaba todo.

Tal vez tampoco sabía quién había sido.

Pero había conseguido construir una vida en aquel lugar.

Una vida en la que personas armadas obedecían sus órdenes y lo trataban como a una autoridad.

Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí.

También me pregunté qué habría tenido que hacer para ocupar aquel trono.

Volví a recordar su comportamiento después de beber.

La facilidad con la que buscaba pelea.

No podía evitar preguntarme si esa parte de su personalidad habría cambiado.

O si, por el contrario, aquel lugar le había dado oportunidades que antes no tenía.

Camu dejó los botines sobre la mesa y se quedó mirando los objetos durante unos segundos.

Parecía estar pensando.

Después levantó lentamente el brazo derecho.

Extendió la mano, abriendo los dedos.

Al principio no ocurrió nada.

Bee me miró.

Yo observé a Camu, esperando que dijera algo.

Entonces escuchamos un sonido lejano.

Era grave, profundo, parecido a la resonancia de una pieza metálica enorme. No tenía la vibración aguda de una campana. Se parecía más al ruido que produciría una cuerda gigantesca al tensarse dentro de una estructura hueca.

El sonido volvió a repetirse.

Esta vez más cerca.

Sentí una vibración leve bajo los pies.

Bee retrocedió instintivamente.

—¿Qué fue eso?

Camu no respondió.

Seguía mirando hacia la puerta.

Su expresión había cambiado.

Por primera vez desde que nos había llevado a aquella habitación, parecía verdaderamente relajado.

El sonido se escuchó nuevamente.

Después llegó un golpe seco.

La puerta comenzó a abrirse.

Algo enorme apareció del otro lado.

Al principio pensé que alguien estaba entrando con un arma.

Una muy grande.

Pero no vi a ninguna persona sosteniéndola.

La estructura avanzó lentamente a través de la abertura, con un movimiento que no conseguía comprender. Parecía desplazarse por voluntad propia, corrigiendo ligeramente su posición cada vez que se acercaba a una pared.

Era un hacha.

O algo que había sido construido para cumplir la función de un hacha.

Su cabeza era desproporcionadamente grande, formada por una pieza irregular de metal oscuro que terminaba en un filo ancho. La

superficie presentaba marcas profundas, sectores pulidos y pequeñas grietas que parecían haber sido reparadas con un material diferente.

La empuñadura era todavía más extraña.

Estaba formada por aquellas mismas estructuras semejantes a enredaderas de vidrio que habíamos visto alrededor del trono y en los pasillos.

Se entrelazaban unas con otras, formando un mango grueso y ligeramente curvado. Algunos sectores eran transparentes, mientras que otros presentaban una tonalidad gris oscura.

En su interior se distinguían filamentos delgados que recorrían el material hasta desaparecer dentro de la cabeza metálica.

No podía identificar las uniones.

Era como si el arma hubiera crecido alrededor de sí misma.

Pero lo verdaderamente inquietante estaba en la cabeza.

De uno de sus lados sobresalía una estructura negra, brillante y compacta.

Tenía una forma orgánica.

No era redonda ni simétrica.

Presentaba varias protuberancias y cavidades que recordaban vagamente a las de un corazón humano.

Su superficie parecía dura, aunque se contraía lentamente.

Palpitaba.

No producía ningún sonido.

Solamente se expandía y contraía con un ritmo que podía distinguir a simple vista.

Me acerqué un poco, intentando comprender lo que estaba observando.

Entonces vi el otro lado.

Un ojo.

Un ojo celeste.

Estaba incrustado en una cavidad de la cabeza metálica, rodeado por pequeñas estructuras oscuras que parecían protegerlo. Su superficie era húmeda, brillante, y reflejaba la iluminación anaranjada de las antorchas.

Tenía una pupila perfectamente definida.

Y se movía.

Primero observó la habitación.

Después se detuvo en Bee.

Mi amigo retrocedió inmediatamente.

—No... no me gusta eso —murmuró.

El ojo giró hacia mí.

Sentí que se me tensaban los músculos.

No sabía si aquella cosa podía atacarnos.

Tampoco sabía cómo defenderme de un arma que parecía desplazarse sin que nadie la sostuviera.

Camu bajó lentamente la mano.

El hacha se acercó a él.

Su movimiento se volvió más lento hasta detenerse a una distancia que le permitía tocarla.

Entonces ocurrió algo que me desconcertó todavía más que su aparición.

Camu sonrió.

No fue la sonrisa burlona que recordaba del campo de rugby ni aquella expresión inquietante asociada a sus peleas.

Era una sonrisa afectuosa.

La clase de expresión que alguien podría tener al encontrarse con un animal querido después de una larga ausencia.

Apoyó una mano sobre el mango del hacha y recorrió lentamente su superficie con los dedos.

Lo hizo con cuidado, evitando ejercer demasiada presión sobre los filamentos transparentes.

—Ya está, tranquilo —murmuró.

El ojo celeste se movió hacia él.

Camu continuó acariciando la empuñadura.

—No pasa nada, amigo. Está todo bien.

Aquella cosa pareció acomodarse ligeramente junto a su cuerpo.

No sabía si realmente estaba respondiendo a sus palabras o si simplemente coincidían sus movimientos.

Pero Camu parecía convencido de que podía comprenderlo.

Lo observé en silencio.

Había visto a aquel hombre derribar a alguien durante un entrenamiento. Recordaba haberlo visto involucrarse en peleas por diversión. Y acababa de comprobar que tenía fuerza suficiente para arrojar me varios metros con un solo golpe.

Sin embargo, ahora lo veía acariciando cuidadosamente una enorme arma de metal, como si temiera lastimarla.

No conseguía relacionar aquellas imágenes.

Quizás nunca lo había conocido tan bien como creía.

O quizás todavía me faltaban demasiados recuerdos para comprenderlo.

Camu levantó la vista hacia nosotros.

Seguía sonriendo.

Después volvió a mirar el ojo celeste.

—Tranquilo, amigo —le dijo con una ternura que no habría esperado de él—. Ellos son como yo. Nos van a ayudar.

El ojo abandonó lentamente el rostro de Camu.

Primero observó a Bee.

Después giró hacia mí.

La estructura negra incrustada en la cabeza del hacha se contrajo nuevamente.

Un latido silencioso.

Me quedé inmóvil.

Por primera vez desde que había despertado, estaba frente a algo cuya naturaleza ni siquiera podía intentar explicar.

Y lo que más me inquietaba no era su tamaño, su filo ni su capacidad de moverse.

Era la manera en que Camu lo miraba.

Como si aquel hacha fuera mucho más que un arma.

Y como si, de alguna manera, también estuviera mirándonos a nosotros.

CAPÍTULO IV

Lo que quedó de mí

El ojo de mi hacha seguía a Bee con una atención que empezaba a ponerlo nervioso. Él procuraba no mirarla directamente, aunque cada pocos segundos volvía a hacerlo, como quien comprueba si un animal desconocido sigue donde lo dejó. Zala, en cambio, observaba el corazón oscuro incrustado en el metal. No había retrocedido ni cuando el arma entró sola en la habitación, pero tenía esa expresión que yo le había visto en la cancha: la de alguien que acaba de decidir que no se va a mover hasta entender lo que tiene delante.

—¿La hiciste vos? —preguntó, señalando el hacha.

—Casi toda —respondí, mientras pasaba el pulgar por el mango—. Lo que vino después no lo hice yo.

Bee soltó una risa corta, sin alegría.

—Buenísimo. Tenemos un hacha que mira y un tipo que dice «lo que vino después». ¿Podemos empezar por lo normal? ¿Dónde estamos?

Lo miré a él, después a Zala. Habían llegado de golpe, sin recuerdos suficientes para explicar su presencia, y yo llevaba cerca de un año haciéndome preguntas parecidas. Pensé en decirles que estaban a salvo, pero no me pareció justo. La montaña podía ser un refugio; también podía tragarse a una persona sin dejar rastros.

—Estamos en Kahesta. Y si quieren saber cómo terminé acá, tengo que contarles algo que todavía me cuesta creerme.

Zala se apoyó contra el borde de la mesa, con una mano cerca de los botines. No dejaba de vigilarme. Lo entendía: acababa de tirarlo por el aire de un golpe y teníamos demasiados recuerdos incompletos como para confiar solo en un apodo.

—Antes de eso —dijo—, ¿te acordás del rugby?

La pregunta me hizo sonreír. Era de las pocas cosas de las que podía hablar sin tener que tantear dentro de mi cabeza.

—Me acuerdo de las reglas, de las posiciones, de cómo entrar a un contacto sin regalar el cuerpo. Podría explicarte un partido entero. Lo que no me acuerdo es de cosas más simples, como mi nombre completo. Camu es lo que me quedó. Vos eras Zala, pero estoy bastante seguro de que tampoco es el nombre que figuraba en tus documentos.

—No lo es —respondió, aunque enseguida frunció el ceño—. O eso creo.

Miré a Bee.

—Y a vos te decían Bee.

—Preguntale a él —contestó, señalando a Zala—. Parece que el apodo lo inventó y después se olvidó de explicármelo.

Por primera vez los tres nos reímos. Fue una risa breve, extraña después de lo ocurrido, pero me hizo bien escucharla. Durante unos segundos no hubo un trono ni hombres armados esperando afuera. Solo tres compañeros intentando recuperar una conversación interrumpida hacía demasiado tiempo. La última vez que recordaba haber visto a Zala, antes de mi accidente, había sido aproximadamente seis años atrás. No sabía qué habíamos hecho después cada uno. De esos años conservaba pedazos sueltos, como objetos encontrados entre los restos de una casa derrumbada.

—Escuchen —dije finalmente—. Hay algo que sí recuerdo con bastante claridad. No sé por qué eso quedó y otras cosas no. Pero sé cómo fue mi último día antes de aparecer cerca de esta montaña.

Recuerdo el calor de una tarde y el olor de mi propia ropa. Había salido de un edificio al que iba para levantar peso, entrenar los músculos, agotarme de manera voluntaria. No me salía el nombre de aquel lugar, aunque todavía podía imaginar las barras de metal, los discos apilados y el sonido seco de las cosas pesadas al apoyarse en el suelo. Acababa de terminar allí, pero no había terminado de entrenar: acostumbraba volver a casa corriendo, bañarme y recién entonces dar el día por cerrado. No recuerdo la dirección ni la calle donde vivía. Recuerdo, en cambio, que mis piernas conocían el camino.

Corría por una vereda cuando un auto pasó demasiado cerca. El ruido del motor me llenó los oídos y sentí el desplazamiento del aire contra el brazo. Me aparté de golpe para evitarlo. Pude haberme detenido, dejar que pasara y volver a la vereda, pero seguí corriendo; a veces era así de obstinado. Elegí un paso lateral que creí que iba a devolverme a mi recorrido unos metros más adelante. Terminé junto a un descampado, un terreno abierto y desparejo que estaba cerca de mi casa y en el que, por algún motivo, nunca había entrado.

La tierra estaba removida en algunos sectores. Había pasto alto, restos de materiales viejos y pozos pequeños que no se veían hasta estar encima. Quise cruzarlo sin disminuir el ritmo. Apoyé un pie sobre una superficie que parecía firme, pero se deshizo bajo la suela. Resbalé hacia un costado y extendí la mano por reflejo. Agarré algo que colgaba a mi altura: un cable grueso, tenso, húmedo. Todavía puedo recordar su presión contra la palma.

Después vino el dolor. No se pareció a un golpe ni a un calambre de los que había sentido entrenando. Me contrajo los músculos de una manera que no pude controlar. Quise soltar el cable, pero

durante un instante la mano no me respondió. Recuerdo un olor agrio, una sacudida que me atravesó el brazo y la sensación insoportable de que alguien me estuviera apretando desde adentro. El suelo comenzó a ceder bajo mis pies. Primero escuché crujidos, luego sentí que la tierra entera se hundía. El cable tiró de mí o yo tiré de él; nunca conseguí reconstruirlo. Lo último que vi fue el borde del terreno alejándose sobre mi cabeza mientras caía dentro de un pozo.

—¿Y sobreviviste a eso? —preguntó Bee.

Había dejado de mirar el hacha. Ahora me miraba a mí, pálido, con las manos juntas sobre las rodillas.

—Eso parece —contesté—. Aunque todavía no sé cómo. No recuerdo tocar el fondo. No recuerdo que nadie me sacara. Cuando abrí los ojos, ya no estaba en ese descampado.

Desperté sobre un terreno de piedras y tierra húmeda, cerca de una montaña enorme. Tenía la boca seca, el cuerpo dolorido y una confusión que era peor que cualquier herida. Sabía correr. Sabía cómo pelear. Recordaba la forma de algunas caras, aunque casi nunca podía acompañarlas de un nombre. Pero cuando intenté pensar quién era, de dónde venía o a quién podía pedir ayuda, encontré muy poco. Estuve horas intentando decidir si había sufrido un accidente y si alguien me había trasladado mientras estaba inconsciente. Era lo único razonable que se me ocurría.

La montaña estaba poblada, aunque el lugar no se parecía demasiado a lo que vieron ustedes hoy. No existían tantos muros ni pasillos cerrados. Había construcciones dispersas, refugios apoyados contra la roca y un espacio abierto donde se reunía la gente. El trono ya estaba allí, oscuro, atravesado por aquellas raíces brillantes. Se alzaba sobre una plataforma de piedra y parecía más importante que todo cuanto lo rodeaba. Yo no entendía las palabras que me gritaban. Ellos tampoco me entendían a mí.

Me encontraron antes de que pudiera alejarme. Algunos llevaban lanzas y otros herramientas que agarraban como armas. Traté de explicarles que necesitaba agua, que estaba perdido, que acababa de caer en un pozo. Cuanto más hablaba, más se miraban entre ellos. Me condujeron al lugar del trono, rodeándome sin llegar a tocarme, hasta que apareció quien lo ocupaba.

Era un hombre ancho, de rostro curtido y una armadura hecha de placas gruesas. Recuerdo que llevaba los brazos descubiertos y que una de sus manos estaba llena de cicatrices. No sé qué creyó ver cuando me tuvo enfrente. Dijo algo y la gente se apartó. Yo levanté las manos, intentando que entendiera que no buscaba problemas. Él avanzó con una hoja corta y me atacó.

Lo empujé para sacármelo de encima. Nada más. Le apoyé las dos manos contra el pecho, igual que habría apartado a cualquiera que se me viniera encima en una pelea. El hombre salió despedido hacia atrás y chocó contra uno de los escalones de piedra. Yo retrocedí trastabillando, asustado por la fuerza de mi propio movimiento. Nunca había visto a nadie salir volando así por un empujón. Miré mis manos como si fueran de otro.

—A mí me hiciste algo parecido —observó Zala, tocándose todavía la mandíbula.

—Sí. Y eso es parte de lo que trato de explicarles. Desde que estoy acá soy más fuerte de lo que recuerdo haber sido. Más rápido también. Pero no me pasó solo con el cuerpo. Antes yo era bastante bruto para pensar ciertas cosas. O al menos así me veo cuando recupero algún recuerdo. Acá puedo seguir un problema durante horas, aprender relaciones que antes se me escapaban. No sé si el lugar me cambió o si estoy recordándome de una manera injusta. Sé lo que siento ahora, y sé que no era así antes.

Zala escuchó sin interrumpirme. Bee miró sus propias manos por un instante. No necesitaba decirles qué había notado en ellos: lo habían visto en la sala del trono. Lo que me costaba admitir era que yo había aprendido aquella diferencia de la peor manera.

El antiguo líder no murió por el empujón. Se incorporó furioso, recogió su arma y volvió hacia mí mientras sus hombres cerraban el círculo. Intenté retroceder. No sabía a dónde escapar y tampoco podía explicarles que había sido un accidente. El hombre lanzó otro golpe. Lo esquivé apenas y, cuando volvió a abalanzarse, respondí con el puño. Quise detenerlo antes de que me alcanzara con la hoja. No calculé mi fuerza. Sentí un impacto extraño, una resistencia que cedió demasiado deprisa. Mi brazo siguió adelante y comprendí, antes de poder retirarlo, que le había atravesado el pecho.

El hombre quedó inmóvil. Retrocedí con la mano temblando, incapaz de comprender lo que acababa de hacer. Cayó frente al trono, y a mi alrededor se hizo un silencio que todavía recuerdo mejor que los gritos de antes. Algunos se arrodillaron. Otros dejaron caer las armas. Nadie volvió a acercarse para atacarme. Yo estaba convencido de que acababa de convertirme en un asesino y de que iban a matarme por ello. En cambio, me señalaron el asiento.

—¿Lo mataste de un golpe? —preguntó Bee en voz baja.

Asentí. No busqué una forma más amable de decirlo. Había sucedido demasiado rápido, pero eso no lo hacía menos cierto.

—No quise hacerlo. Tampoco voy a fingir que no pasó. Durante mucho tiempo pensé que, si hubiera sabido lo fuerte que era, él seguiría vivo.

El ojo de mi hacha se volvió hacia mí. La acerqué sin pensar, hasta que el mango tocó mi antebrazo. Zala siguió el movimiento y después me miró a la cara. Su desconfianza no había desaparecido. Estaba bien que fuera así.

Aquella gente me convirtió en su líder sin que yo entendiera lo que significaba. Al principio me obedecían por miedo. Bastaba con que me levantara demasiado deprisa para que alguien se apartara de mi camino. Me daban comida, abrían puertas y callaban cuando entraba en una habitación. No conocía sus nombres ni podía preguntarles por qué. Pasé semanas rodeado de personas que no querían acercarse a mí y cuyas palabras no podía comprender.

Tuve suerte de encontrar a una viajera. Llegó a la montaña siguiendo rutas que yo no conocía y, al notar que era incapaz de entender a los kahestos, empezó a enseñarme su lengua. Usaba dibujos, objetos y gestos; repetía las mismas palabras hasta que yo dejaba de equivocarme. Aprender me llevó mucho tiempo. Al principio solo podía pedir agua, comida o explicar que no quería pelear. Después empezaron a tener sentido las historias, las órdenes, las bromas. Nunca me dijo su nombre. Se lo pregunté más de una vez y siempre encontraba la manera de evitarlo. Un día se marchó. No sé adónde.

Con las palabras llegaron las explicaciones. Supe que aquella gente se llamaba a sí misma kahesta y que la montaña les daba refugio, alimento y los materiales con los que construían buena parte de sus herramientas. También entendí por qué me habían ofrecido el trono: quien derrotaba al líder ocupaba su lugar, y la muerte del anterior había hecho de mí alguien temido. No aceptaron que me apartara sin más. Con el tiempo aprendí a escuchar sus problemas, ayudé a reforzar los pasos de la montaña y a levantar paredes donde antes solo había refugios abiertos. Algunos empezaron a confiar en mí. Otros todavía bajan la mirada cuando paso. Supongo que las dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo.

Zala observó mis manos, luego el enorme filo que descansaba a mi lado.

—¿Y ella? —preguntó—. ¿Cómo entra en todo esto?

Acaricié el mango. El ojo celeste parpadeó lentamente, y Bee separó su silla unos centímetros de la mesa.

—Los kahestos los llaman corazones de suelo —respondí, señalando la masa negra encajada en el metal—. Crecen dentro de esta montaña. No como una planta que puedas encontrar en cualquier lado: son escasos, tardan en aparecer y no todos llegan a tener uno. Son duros por fuera, pero fíjate cómo late. Cuando un corazón se une a un objeto, empieza a cambiarlo. Le da movimiento, fuerza. A veces el objeto termina haciendo cosas que nadie le enseñó.

Zala se inclinó un poco para mirar, sin tocarlo. Le mostré también las fibras oscuras que subían por el mango. En los extremos más finos parecían vidrio ahumado; donde se acumulaban unas sobre otras eran casi negras. El corazón había ido extendiéndolas desde que lo incorporaron al arma, ocupando las uniones que antes yo había hecho con cuero y remaches.

—Cada nuevo líder recibe el derecho de entregar uno de esos corazones a un objeto que elija —continué—. Es un privilegio enorme, porque tienen pocos. El anterior eligió el trono. Por eso vieron esas enredaderas alrededor del asiento. No son adornos: nacieron de su corazón. Él quería que su poder se viera incluso cuando no estuviera sentado allí.

—¿Y vos elegiste un hacha? —dijo Bee.

—La hice yo. Pasé varios días trabajando el metal y dando forma al mango, bastante antes de recibir el corazón. No me salió perfecta; tampoco tenía muchas herramientas. La elegí porque era algo mío. Había hecho todo lo posible por no depender de una gente con la que todavía me costaba hablar, y esa hacha era la primera cosa importante que había construido con mis manos.

No les conté aquello para hacerme el sentimental, aunque terminé sonando así de todos modos. En esos primeros meses me había sentido solo de una manera difícil de explicar. Me respetaban, me servían, me temían; nada de eso era lo mismo que tener un amigo. Empecé a hablarle al hacha mientras trabajaba, primero por costumbre, después porque estar en silencio todo el día era insoportable. Cuando recibió el corazón, comenzó a responder de formas pequeñas: se inclinaba hacia mi voz, se acercaba si la llamaba, temblaba cuando alguien intentaba separarnos. Con el tiempo apareció el ojo. No estaba allí al principio.

—¿Entonces te entiende? —preguntó Zala.

—Yo creo que sí. Y creo que me tiene cariño, igual que yo a ella. Acá dicen que cuanto más fuerte es el vínculo entre un corazón y su dueño, más capaz se vuelve el objeto. No sé dónde termina la creencia y dónde empieza lo que podemos comprobar. Pero la vi cambiar. No necesito que todos me crean para saberlo.

Apoyé la palma sobre el mango. El ojo se movió hacia mí y quedó quieto. Había aprendido a reconocer ese gesto mejor que muchas expresiones humanas. Bee lo contemplaba con una mezcla de horror y curiosidad; Zala parecía estar tratando de encontrarle un mecanismo a lo que veía. Me dieron ganas de reírme, porque yo había pasado meses mirando exactamente de esa manera.

—Hay otra historia —les dije—. Hablan de un corazón mucho más grande que los demás, escondido en alguna cueva de la montaña. Lo llaman la madre de los corazones. Según ellos, todos los otros proceden de ese. Dicen que lo buscan desde hace siglos y que nunca nadie lo encontró. Yo tampoco sé si existe, pero no dejé de buscarlo desde que escuché hablar de él.

Les expliqué que Kahesta estaba atravesada por galerías naturales, túneles excavados y grietas que se conectaban con otras cuevas.

Algunas rutas terminaban en cámaras cerradas; otras descendían durante horas antes de dividirse de nuevo. Había enviado exploradores en distintas direcciones, marcando los caminos que podían reconocer. Algunos regresaban sin haber encontrado nada. Otros tardaban mucho más de lo previsto. Y había quienes no volvían. No podía asegurar qué les ocurría. La montaña era inmensa, y perderse allí abajo podía bastar para desaparecer.

—¿Mandás gente a un lugar del que algunos no vuelven? —preguntó Bee. No había reproche teatral en su voz; hablaba con un miedo que reconocí enseguida.

—Sí —respondí—. Y cada vez que alguien tarda demasiado, me pregunto si hice bien en dejarlo ir. No voy a decirte que tengo una respuesta que lo arregla.

Zala se quedó mirando las vetas negras del hacha. Lo conocía lo suficiente para sospechar que no le gustaba del todo lo que acababa de escuchar. A mí tampoco me gustaba. Había aprendido a dar órdenes antes de aprender a convivir con sus consecuencias, y a veces seguía sintiéndome aquel tipo que corría a su casa sin pensar que una mala pisada podía cambiarle la vida.

—Hay algo que todavía no nos dijiste —señaló Zala—. Si llegaste hace un año y no sabés qué pasó con nosotros, ¿por qué mandaron a buscarnos?

Miré a Bee. Después al bolso sobre la mesa, a los botines que Zala había reconocido y a los auriculares que yo había guardado sin saber para qué servían. Quise darles una respuesta mejor que la que tenía.

—Los kahestos dijeron haber visto una señal —respondí—. Eso es lo que me contaron. No vi cómo aparecieron ustedes ni sé qué les pasó antes. Cuando los trajeron, reconocí algo en ustedes que pensé que había perdido para siempre. Por eso pedí que los dejaran entrar.

—¿Y ahora? —preguntó Bee.

El hacha se acomodó suavemente contra mi pierna. Afuera se oyeron pasos y voces que se alejaban por el corredor. Pensé en los seis años de silencio entre Zala y yo, en el año que había pasado allí y en la cantidad de recuerdos que seguían faltándonos a los tres.

—Ahora —dije— vamos a tener que descubrir qué hacemos acá. Porque yo tampoco lo sé.